

buena mano. Entre otras verdaderas riquezas se citan en la sacristía cuatro bellísimos cuadros apaisados de Don Pedro Atanasio Bocanegra.

El camarín está construido de ricos mármoles, lleno de reliquias, de preciosas alhajas, de pinturas y adornos magníficos. En medio de este camarín se ve un tabernáculo con estatuas de plata y una urna en el centro de la misma preciosa materia donde están guardados los restos de San Juan de Dios.

Esparcidos por el edificio se encuentran otros notables cuadros y varias cosas de mérito.

En la escalera, llena de azulejos de Triana, se lee esta sencilla, patética y espresiva inscripción:

El que costeó esta obra pide le encomienden á Dios.

II.

LOS AGUSTINOS.

Tuvo tanta parte San Agustín en la propagación del estado religioso en África, que fué mirado como su fundador.

Nació San Agustín el 13 de noviembre de 334 en Tagusta, pequeña ciudad de África, bajo el reinado del emperador Constancio, de un padre pagano llamado Patricio y de una madre cristiana que la iglesia ha canonizado con el nombre de Santa Mónica.

Aun cuando sus padres no fuesen ricos, hicieron costosos sacrificios para darle una buena educación; hicieronle empezar sus estudios en Madaura, ciudad vecina, y de allí le enviaron á Cartago para que los continuase. Patricio destinaba su hijo al foro y quiso que se dedicara en particular á la retórica y

á la elocuencia, pero el buen padre murió antes de haber visto el fruto que Agustín sacaba de los sacrificios hechos por él.

Mónica continuó los proyectos de su marido; hubiera deseado que su hijo fuese cristiano como ella y ya, al efecto, desde su infancia le habia hecho entrar en las filas de los catecúmenos, es decir, en el número de las personas que aguardaban el bautismo. Pero, mientras que vivia en Cartago, Agustín se separó del camino en el cual su madre hubiera querido verle, y se separó por la efervescencia de una naturaleza apasionada y por el contagio de los ejemplos de sus camaradas.

A la edad de diez y nueve años leyó un tratado de Ciceron, *Hortensius*, que hoy se ha perdido, y allí bebió con avidez los primeros conocimientos de la filosofía á la que se entregó en seguida con todo el entusiasmo de sus arrebatadas pasiones. Buscando entre todas las opiniones numerosas que entonces agitaban el mundo la que mejor podia satisfacer su inteligencia y dar cuenta de todos los fenómenos del universo, se adhirió á los maniqueos, cuya doctrina estaba entonces muy esparcida por el Oriente y por el África; adoptó sus principios, y, á ejemplo suyo, esplicó el mundo por medio de la lucha del bien y del mal.

Los gefes del maniqueismo viendo en él uno de sus mas celosos sostenes, enviáronle á Roma en 383 y recomendáronle á Simmaco que era entonces gobernador de la ciudad. Simmaco le hizo obtener una cátedra de elocuencia en Roma, y al año siguiente le envió á Milan donde le esperaba otra cátedra.

Treinta años tenia entonces Agustín; habia pasado por todas las fases de una vida apasionada y de una atormentada inteligencia. En Milan trabó amistad con San Ambrosio, obispo de la ciudad, uno de los mas fervientes espíritus de aquella época. Cediendo á su influencia y á la de su madre Mónica que habia ido á reunirse con él, se convirtió por fin al cristianismo y recibió el bautismo en 387.

Fué en el seno de una dulce soledad, en el seno de algunos escogidos amigos, donde San Agustín se sintió conmovido por la voz interior de su corazón y por la virtud de la nueva doctrina destinada á regenerar el mundo. Pero, desde el instante en que de él se hubieron apoderado las nuevas ideas, sintió aun la necesidad de un retiro mas profundo, mas inaccesible, mas solitario, y decidió su viaje á África.

Su buena y pobre madre que tanto habia rogado por él al Señor, hubo entonces de despedirse de él para un viaje eterno. Mónica murió en Ostia cuando iba á hacerse á la vela con su hijo para seguirle en la senda para Agus-

tin tan ardientemente suspirada y en que por fin le habia visto entrar.

Al año de su muerte, 388, cuanto ya estaba en África perdió Agustín un hijo que habia tenido y con él el postrer lazo que á la tierra le ligaba. Desde aquel momento su pensamiento se cifró solo en la meditacion religiosa; desde aquel instante ya no quiso pensar mas que en Dios, creyendo — como ha dicho él mismo en una de sus admirables obras — que *de cualquier lado que se vuelva el alma del hombre y por mucho que busque para hallar su reposo, no encuentra mas que dolor hasta que se reposa en el Señor.*

Bellas palabras! Sublime consuelo para el que pena, divina esperanza para el que sufre!

Llegó á ser San Agustín por sus sermones y por sus escritos una de las mas firmes columnas del cristianismo. Empleó sus grandes y vastos talentos que habia fecundado con el estudio á defender la ortodoxia católica. Obispo, no negó ciertamente la filosofía y se valió de ella al contrario como de un instrumento para demostrar la verdad y la escelencia de la religion; filósofo, se esforzó en poner de acuerdo la religion y la filosofía que, nacidas para ser humanas, se disputaban sin embargo en el palenque cristiano como rivales; poeta, comprendió el espíritu sublime de la religion y bebiendo en él é inspirándose en ella, quiso hacer de la inteligencia una palanca y de la palabra un culto.

San Agustín puede ser mirado como uno de los fundadores del dogma cristiano; la misma Iglesia le honra, sino como al autor de la mayor parte de sus creencias, al menos como al redactor de algunas de sus fórmulas.

Los primeros años del siglo quinto, durante los cuales San Agustín llegó á ser como el oráculo de la Iglesia de occidente, vieron caer sobre la Europa aturdida el diluvio de los bárbaros que arremolinándose en torno los muros de Roma, la estrecharon y oprimieron como hubiera podido hacer con un árbol una gigantesca serpiente de monstruosos anillos. El saqueo de la capital del orbe civilizado hizo despertar de su letargo á los pueblos, que creyeron ver en los vándalos los instrumentos de la cólera del cielo.

Testigo de esas crisis universales, San Agustín, un libro en la mano, atravesó por entre tantos horrores, como un iris de bonanza atraviesa por entre las apiñadas y amenazantes nubes de un cielo en ira. Recurrió á la pluma, á la palabra, y dió á los hombres el consejo — santo y admirable consejo entonces! — de refugiarse en el mundo de sus sueños y de sus espirituales esperanzas para allí saciar todos sus deseos con el tesoro de las solas verdaderas realidades.

Unió el ejemplo á la palabra y fundó en Hipona su primér monasterio. Libre y rotos todos los lazos que al siglo le unian vivió solitario con los que se le habian unido, viviendo para Dios, ejercitándose en el ayuno, en el rezo, en las buenas obras, meditando noche y dia la ley del Señor, imitando á los solitarios de Egipto, y observando la manera de vivir, la regla establecida en tiempo de los apóstoles; á mas, proscribió toda propiedad de su comunidad, nadie podia decir que tuviera nada propio, todo era comun, y en fin distribuía á cada uno lo que le faltaba segun sus necesidades.

San Agustín murió en Hipona, de donde era obispo, el 28 Agosto de 430, el tercer mes del sitio con que los vándalos tenian oprimida á la ciudad. Tenia 76 años.

Grandes disputas han tenido lugar sobre si San Agustín fundó los ermitaños de su nombre ó los clérigos regulares, y aunque algunos están por la afirmativa, lo que asegurarse puede es que estos ermitaños vivieron por los campos siguiendo la vida de los apóstoles hasta que en 1287, bajo el generalato de Clemente de Auximas, fueron reducidos á cuerpo dándoles la regla de San Agustín.

Los religiosos de esta orden se multiplicaron tanto con el tiempo que en el capítulo general celebrado en Roma en 1620 se hallaron quinientos vocales. Llegó á comprender cuarenta y dos provincias, varias congregaciones, y no pocos autores afirman que hubo en otro tiempo cerca dos mil monasterios de esta orden que encerraban mas de treinta mil religiosos, y á mas trescientos conventos de mugeres.

En el año 1567 el papa Pio V puso la orden de los ermitaños de San Agustín en el número de las cuatro mendicantes que son como se sabe, los Dominicos, los Franciscanos, los Carmelitas, y los Agustinos, y no distinguió á los Servitas que miraba como mendicantes á pesar de poseer grandes rentas y fondos.

Contaba la orden con un gran número de santos, entre los cuales acaso ocupa el primer lugar Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia.

Consistia el traje de estos religiosos en un hábito y un escapulario blanco cuando estaban en casa: en el coro y cuando salian se ponian una especie de cogulla negra y por encima una gran capucha que terminaba redonda por delante y en punta por detrás hasta la cintura que era de cuero negro.

En España, cuando su estincion, contaban las provincias siguientes: Castilla con 40 conventos de hombres, ocho de mugeres y tres descalzas, mas, 46 de religiosas sujetas al ordinario: Andalucía con 35 de religiosos y cinco de religiosas sujetas á la provincia con 44 al ordinario, uno al consejo de órdenes

y otro al prior de San Marcos en Leon : Aragon con 53 de hombres , nueve de mugeres sujetas á la provincia y 11 al ordinario.

Esta órden además se subdividió en otras ramas , y los ermitaños de San Gerónimo , de San Pablo , los religiosos de Santa Brígida , San Ambrosio y los Hermanos de la Caridad seguian la regla de San Agustin.

Antes de pasar adelante prosiguiendo nuestro intento , y puesto que de los ermitaños tratamos , no le sabrá mal al lector que consagremos un recuerdo á las tan nombradas ermitas de Córdoba.

Se le debemos en esta obra.

Procuraremos ser breves.

LAS ERMITAS DE CORDOBA.

No lejos de la ciudad famosa , la ciudad de las leyendas moriscas y de los cuentos de hadas , la bella Córdoba , hay una empinada sierra , célebre en la historia religiosa de nuestra España.

Diez y ocho ermitas se levantan en ella esparcidas por la ladera , descubriéndose á gran distancia por lo blanco de sus muros que resalta sobre el verdor de la frondosa sierra. A primera vista cualquiera las tomara por algunas cabras dispersas que pacen en la montaña.

De tiempo inmemorial ha habido monasterios y ermitas en la sierra de Córdoba , que permanecieron durante la monarquía goda y dominacion de los árabes. Quizá duraba aun allí la vida eremítica en tiempo de la conquista de la ciudad en 1236 , pero hasta el siglo XIV no hay memoria cierta de ermitaños , los cuales aumentaron desde San Gerónimo á Scala celi ; especialmente en el territorio de la Albayda y de la Arrizafa.

Aumentáronse mucho en estos parajes en el siglo XVI y por los años de 1583 decidieron internarse mas en lo áspero de la montaña , y se establecieron por cima de la Albayda , segun dice el autor que es nuestro guia en este capítulo , cerca del sitio llamado rodadero de los lobos. En 1699 les concedió la ciudad terreno para que fijasen su morada en la cumbre del cerro donde permanecen y allí fundaron varias ermitas que se concluyeron en 1709 labrándose una pequeña capilla.

En 1732 se principió la cerca del desierto que tiene 2700 varas de circunferencia y tres de alto , y comprende olivos , algarrobos , almendros , ciruelos , alguna viña y muchos nopales que nacen por todas partes.

Unidos á la ermita mayor están la iglesia , el noviciado , las habitaciones del capellan y la hospedería.

Distra una ermita de otra como un tiro de fusil , y cada una se ve rodeada de una pequeña cerca de piedra suelta.

Los ermitaños fueron espulsados del desierto en 1836 , y aquel ingrato terreno antes tan bien , aunque con tanto trabajo cultivado , quedó en completo abandono y las ermitas fueron casi destruidas. Sin embargo , cuatro ó cinco años hace fueron restablecidos y restauróse este antiguo y devoto desierto.

Aquel pequeño pueblo de anacoretas vuelve pues á ocupar su lugar ; han regresado todos á su pobre y humilde morada que no consiste mas que en una chimenea y una alcoba para su modesta cama.

Allí no hay mas que religion y poesia.

El viajero que visita aquel puñado de ermitas , aquel tranquilo desierto , siente conmovido su corazon , siente sublimarse su pensamiento y , herido por la paz , por la calma , por la ventura que allí reina , anhela solo penetrar en el templo para elevar himnos de alabanza al Señor y enviárselos como besos del alma en las alas invisibles pero puras de la cándida oracion.

Al acercarse al templo se encuentra tambien en su umbral , y como si á recibir le saliera , la poesia , vestida con su traje mas candoroso y mas bello , pues que está allí la religion para hacerla brotar como una virgen cristiana que sale del fondo de una religiosa cripta.

Qué mas poético en efecto que la imágen que ocupa el altar del santuario ? Es la de la Virgen convertida en pastora , y se halla su camarín situado con tal arte sobre los mismo riscos , los cuales permite descubrir la reja de una prolongada ventana , que no puede ser mas completa la verdad de su representacion.

Es este santuario una especie de punto céntrico , donde , al toque de la campana , acude cada ermitaño para orar y dirigir sus preces al Eterno.

Rápidos y felices transcurren para el viajero los momentos que en la sierra pasa. Todo es allí bello , todo encantador , todo dulce.

Si del desierto y al golpe del cayado de Moisés brotó una fuente cristalina , allí , al golpe de una azada misteriosa , parece haber brotado un jardin de la durísima roca.

Cada ermita tiene un huerto reducido , pero lindísimo. Lleno está de flores hermosas que ufanas balancean sus capullos á las caricias amorosas de la

brisa, que despliegan todas sus májicas combinaciones de colores cuando se estremecen bajo los besos ardientes del sol de mayo.

Pintoresco sitio! delicioso lugar! Todo es allí flores: las flores de la religion, las flores de la naturaleza, las flores de la poesía.

Hasta las tumbas están cubiertas con flores.

No es nada triste el suelo donde descansan los restos de aquellos anacoretas. Una cruz indica donde duerme un eremita el sueño eterno, y vistosas y cultivadas plantas, enroscadas en torno á la cruz cubren la huesa funeraria. Bello enlace de la vida de la naturaleza con la muerte de la materia! hermoso himeneo de la vida del alma con la esperanza de la vida!

Si se acerca el viajero á leer alguna de las medio borradas inscripciones de los sepulcros, leerá mas de un nombre distinguido, el nombre de algunos caballeros de noble y elevada alcurnia que allí concluyeron en la penitencia y en el retiro unos dias que habian principiado entre la pompa y el bullicio.

Descúbrase el caminante y ruegue por ellos.

Paz á los muertos! paz á los que se han dormido — felices, ay! y bendidos! — con la tranquilidad del justo en el seno de la fé, en el seno de la creencia y sobre todo en el seno del olvido!

Mas de un hombre quizá, sobre los floridos picos de aquella sierra, recordó alguna vez los perdidos ensueños de sus amores, las ya idas ilusiones de su ventura, los muertos sonrientes albores de un pasado de gloria, y torturado acaso por un impuro deseo, tuvo sin duda que arrojarle á los piés de la Virgen y que golpear su cabeza con la piedra del altar, para que volviera pronto el amor divino á llenar de delicias el corazon que rebelde murmuraba en la soledad del yermo.

Lector, si alguna vez la suerte te lleva á Córdoba, la ciudad de las baladas, la de los moriscos romances y caballerescas leyendas, no dejes de hacer una escursion á las ermitas de la sierra.

Es, créelo, una peregrina escursion. Visita el retiro de aquellos solitarios, medita sobre las tumbas de aquellos anacoretas, reza la salve á la pastora Virgen que en la cuna te enseñó tu madre y, nosotros te lo garantimos, al bajar de la sierra te encontrarás mas poeta, mas cristiano, mas bueno.

Habrás ganado en bondad, habrás ganado en creencias.

III.

CONGREGACION DE LA ORDEN DE AGUSTINOS DESCALZOS.

PROSIGAMOS ahora con nuestra historia de los hijos de san Agustin.

Como en todas las órdenes, la relajacion se introdujo tambien en la de los Agustinos. Estos religiosos dejaron de pensar en las cosas del cielo para ocuparse demasiado en las de la tierra, y, temiendo aventurarse por el camino sembrado de espinas de la penitencia, escondieron todas las espinas bajo las flores.

Esta relajacion fué la que dió lugar al establecimiento de varias congregaciones.

Arrojaremos sobre ellas una histórica ojeada.

Fué la primera la de Leceto ó Ileceto, formada por el padre Ptolomeo de Venecia, elegido general en 1385. Tenia esta congregacion doce conventos en Italia.

Los padres Simon de Cremona y Cristian Franco trabajaron en el reino de Nápoles para hacer revivir la observancia regular que habia sido casi proscrita de la mayor parte de los monasterios, y escojieron para centro de su reforma el convento de San Juan de Nápoles que dió nombre á esta congregacion. Contaba con catorce conventos.

El padre Agustin de Roma, electo general en 1419, fundó la congregacion de Perusa que tenia ocho conventos.

La mas numerosa y mas floreciente congregacion era la de Lombardia que comprendia ochenta y seis monasterios. Fué introducida por tres religiosos en 1430.